

La diferente manera como se portó con otro religioso, quizás más orgulloso que aquel que por vanidad habia hecho ostentacion de las dos esteras que habia tejido, demuestra que toda su conducta en el gobierno de los espíritus estaba dirigida más que humanamente, y hará ver al mismo tiempo que la ilusion puede facilmente deslizarse en las mejores obras sobre todo cuando se hacen por espíritu propio y contra la obediencia.

Este religioso era muy astero en su vida; pero el orgullo y la confianza en sus propias luces se lo maleaban todo. Habiéndose el Santo apercebido de ello, le llamó en particular y le dijo con mucha caridad: « Hermano mio, Nuestro Señor dijo: Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino para hacer la voluntad de aquel que me ha enviado. Fijáos bien en esta hermosa sentencia y aprovechaos de ella; porque yo veo que el demonio trabaja por haceros perder todo el fruto de vuestro trabajo por vuestro apego á vuestro propio juicio. Por esto os ireis al refectorio con los demás cuando se dará la señal de la comida. No rechaceis allí lo que os presenten cocido y tomad al menos cuatro ó cinco bocados de pan para evitar la vanidad; sin que por esto, sin embargo, quiera yo obligaros á tomar más alimento, por miedo de que, siendo como sois vigoroso y robusto, no satisfagais á la sensualidad. Además, no quiero que hagais largas oraciones en particular, sino que basta que hagais la oracion en comun con los hermanos, hasta tanto que hayais vencido al demonio de la vanidad, que os tiende lazos en todo cuanto haceis. »

Este religioso rindióse por de pronto á esta amonestacion; pero arrastrado por su ilusion, volvió pronto á las andadas y hasta murmuraba contra la órden del Santo, diciendo: ¿ En dónde está escrito que no hay que ayunar ni orar? San Pacomio, que velaba por él, se apercebíó pronto que no ejecutaba sus órdenes y veíale con dolor próximo á

caer bajo el imperio del demonio por su terquedad. Por esto llamó un dia á Teodoro, su querido discípulo, que le ayudaba ya mucho en el gobierno, y le dijo: « Ya sabeis cuán afligido estoy de ver que este hermano no se aprovecha de mis avisos. Id á ver ahora lo que hace y traéd-melo. »

Teodoro obedeció y volvió á decir al santo abad que le habia encontrado orando como de ordinario. « Volved, le dijo el Santo, é impedidle de orar, y pronto comprendereis que el demonio se ha apoderado de él. » En efecto, volvió allá y quiso impedirle de orar; pero este hermano, seducido por el espíritu maligno y entregado á él, recibíole con lleno de rabia y, viendo que Teodoro continuaba en interrumpirle su oracion, se enfureció y tomó un palo para pegarle. Entonces apareció manifiestamente la posesion del demonio. El maligno espíritu hablaba por la boca de este miserable lo cual fué para Teodoro y para los demás hermanos una gran leccion sobre la pureza de intencion y las consecuencias de la vanagloria. Sin embargo Pacomio, movido á compasion hasta el fondo de su alma por el deplorable estado de este religioso, hizo oraciones por él y obtuvo finalmente de Dios su libertad y su entera conversion.

Como la obediencia es el sostén más firme de la religion y la seguridad de las almas religiosas, Pacomio nada recomendaba tanto á sus discipulos como esta virtud, y no sufría que se faltase impunemente á ella. Volviendo á su monasterio después de haber hecho las visitas de los otros, los hermanos fueron á recibirle fuera de la puerta para saludarle, y uno de los niños que se educaban en el monasterio, como diremos en su lugar, habiéndose mezclado entre ellos, le dijo despues de haberle saludado á su vez: « Seguramente, padre mio, desde que salisteis de aquí, nadie nos ha preparado legumbres ni potage. » El santo abad le respondió con amistad: « Pues bien, hijo mio, yo

haré de modo que no falte más. » Después de lo cuál entró en el monasterio.

Después que hubo visitado los diferentes sitios para ver si todo estaba en orden, fué á la cocina, en donde encontró al religioso que tenia cuidado de ella, ocupado en hacer esteras. Preguntóle cuánto tiempo hacía que no había servido legumbres en el refectorio, y este le respondió que hacía dos meses, escusándose de haber faltado á ello, contra lo que estaba prescrito por la regla, á causa de que la mayor parte de los religiosos no las comian por espíritu de penitencia, y que después tenia el sentimiento de ver que lo que había preparado con mucho trabajo y gasto, era inútil; pero que por esto, para no permanecer ocioso, hacía esteras, toda vez que un solo hermano de los que tenia bajo sus órdenes le bastaba para los pequeños aderezos que se daban á los religiosos.

Pacomio le escuchó atentamente y le dijo: « ¿ Cuántas esteras, pues, habeis hecho? Quinientas, respondió el cocinero. Traedlas todas aqui, le dijo, ». Y cuando las tuvo delante, le mandó que les pegase fuego; después de lo cual, dirigiendo de nuevo la palabra á aquel hermano, le dijo en presencia de los otros que tenian alguna incumbencia en el mismo oficio: « Puesto que por la sugestion del demonio habeis hecho tan poco caso de las reglas que están prescritas para vuestro oficio, no hago caso alguno de vuestros trabajos y los he condenado al fuego, á fin de que comprendais lo que es faltar á las reglas que nos han sido dadas para la salvacion de las almas. ¡ De cuántas ocasiones de mérito no habeis privado á los hermanos! ¿ Ignorais que cuando está en nuestro poder el satisfacer nuestros deseos en alguna cosa, y que nos privamos de ella por amor de Dios, recibimos una gran recompensa, mientras que no hay motivo de esperarla cuando uno no se priva de satisfacerse sino porque no tiene el medio de ello? »

« ¿ No veis, pues, que dando á los hermanos lo que prescribe la regla, hacen actos agradables á Dios, cuando teniéndolo delante de ellos se mortifican no tocándolo, mientras que no presentándoselo, su privacion es forzosa y su abstinencia infructuosa? ¿ Pues qué? ¿ para ahorrar algunas medidas de aceite, ha sido preciso privar á los hermanos de tantas ocasiones de merecer? ¡ Perezca todo cuanto tenemos en el mundo antes que quitar á los hermanos el medio de practicar un solo acto de virtud. ! Por esta causa yo he querido siempre que se pusiera todas los dias á la mesa delante de los religiosos lo que hay costumbre de darles, y que esto se hiciese sin ahorro, á fin de que los que quieran privarse de ello, segun que fueren llevados por su fervor, hagan por ahí mayores progresos en la mortificacion.

« Por otra parte si algun religioso indispuesto no quiere por esto sentarse á la mesa de los enfermos y se sienta en la de la comunidad, y no encuentra ni legumbres ni las sopas que en ella deben ponerse, y de las que en este caso necesita á causa de su enfermedad; ¿ qué tiene que hacer? ¿ no le sois vos un motivo de escándalo? ¿ Ignorais todavia que los más jóvenes se relajarán facilmente en la práctica de las virtudes si no se tiene la caridad de usar de discrecion y de alguna templanza para con ellos? »

Este ejemplo nos da lugar á hablar del desinterés del Santo, que no era una de las menores cualidades por las que se hizo recomendable. En un tiempo de hambre en el que muy dificilmente se encontraba trigo en Egipto, dió cien piezas de oro al procurador para que fuese á comprarlo en donde lo pudiese encontrar. Este, después de haber recorrido diversos lugares inúltimente, llegó por fin á la ciudad de Hermutis <sup>1</sup>, en donde encontró un oficial que te-

<sup>1</sup> Hoy dia Ermouthe, cerca de Tebas, en la orilla izquierda del Nilo. Se sabe que Tebas estaba situada en las dos orillas del rio.

nía el cuidado del trigo público, y quien, por la estima en que tenía á San Pacomio y á su congregacion, de la que había oido hablar con mucha loa, le dió más de lo que había podido esperar; y no solamente se lo entregó á más de la mitad más barato de lo que le habria costado en otra parte, sino que tambien se lo entregó por el doble del dinero que había traído, esto es, por doscientas piezas de oro, contentándose con que le devolviese las otras cien piezas en tiempo de la cosecha.

El procurador volviöse al monasterio muy satisfecho de su viaje, esperando ser aplaudido. Pero cuando el Santo supo lo que había hecho, ni siquiera quiso permitir que se dejase un grano de trigo en el monasterio, sino que obligó al procurador á que fuese á revenderlo por los contornos por el mismo precio á que lo había tenido, á fin de devolver al oficial las cien piezas de oro que le debía, y de comprar otro solamente por cien piezas, al mismo precio que lo compraba todo el mundo; y cuando hubo hecho todo esto, le ordenó que se quedase en reposo en el monasterio y puso á otro religioso en su lugar.

El que presidia en la zapateria del monasterio había tambien entregado al procurador una gran cantidad de sandalias y otros trabajos de su arte, para venderlos al precio que le determinó. Cuando el procurador los hubo expuesto á la venta, los que se presentaron á comprarlos hallaron que pedia poco por ellos, y le dijeron que á menos de haber robado la mercaderia no podia darla á un precio tan bajo. El procurador se excusó en las órdenes que tenia, pero no dejó de recibir el precio que por ellas le dieron y que era una tercera parte mayor que el que le habían fijado.

A su vuelta, el gefe de la zapateria, al contar la suma que le entregó, encontró que era una tercera parte mayor de lo que había esperado, y dijo á San Pacomio: « En ver-

dad, padre mio, no debeis serviros de este hermano para la administracion de los bienes del monasterio, pues parece que tiene demasiado espíritu de mundo ya que ha vendido los trabajos una tercera parte más caros de lo que le había dicho. »

El Santo hizo llamar allí mismo al procurador el cual procuró excusarse contando como había sucedido la cosa, pero su excusa no fué atendida. « Sois culpable, le dijo el santo abad, porque os habeis dejado sorprender por la codicia de los bienes de la tierra; andad pronto á devolver á los compradores el dinero que de ellos habeis recibido más allá de lo que se os había dicho, y cuando volvais, hareis penitencia de vuestra falta y permanecereis en el monasterio para vacar aquí á lo que se os prescribiere; porque el cargo de procurador de ningun modo os conviene. » En efecto, puso en su lugar á Zaqueo, excelente religioso, y de quien el historiador del Santo dice ser sobre todo elogio por el mérito de sus obras, y que más tarde desempeñó tambien el cargo de ecónomo despues de la muerte del santo abad.

Este desapego de las cosas de la tierra estaba fundado en la tierna confianza que tenía en la bondad paternal de Dios, por la cual estaba plenamente persuadido que la Providencia tomaria un cuidado particular del mantenimiento de sus religiosos mientras permaneciesen fieles en su servicio. Así que experimentó, hasta por milagros, que su esperanza era muy fundada; porque habiendo en cierta ocasion dado liberalmente á los pobres todo cuanto tenia en su poder, y habiendo en seguida ordenado que se fuesen á vender tres esteras que unos hermanos habían traído, á fin de tener con qué comprar trigo, al dia siguiente, al rayar el alba, presentóse á la puerta del monasterio un desconocido y trajo trigo al Santo, diciéndole que durante su sueño se había sentido impulsado por una virtud se-

creta á hacerle este servicio, presumiendo que su comunidad tenía necesidad de él ; lo cual causó admiracion á todos los religiosos que fueron testigos del cuidado particular que Dios se dignaba tomar de ellos,

Capitulo III.

El zelo de Pacomio por el mantenimiento de la observancia y de la perfeccion de sus religiosos no le daba punto de reposo. Además de las frecuentes visitas á sus monasterios, visitaba frecuentemente á los religiosos en particular en su celda, para ver lo que hacian ó cuáles eran sus necesidades ; y si se apercibía que habia que reformar alguna cosa, no dejaba de advertírsela caritativamente. Haciendo una de estas visitas fué cuando Dios le concedió el don de lenguas en favor de un hombre de calidad llegado de Roma, que se había retirado entre sus religiosos.

El Santo quiso conversar con él, ya para conocer su caracter y sus disposiciones, ya para ayudarle con sus consejos en el estado que había abrazado ; pero como él no sabia hablar sino la lengua egipcia, y el romano, que no hablaba sino la latina y la griega, tenía dificultad en abrirle su corazon por medio de intérprete, hizole señal de que se estuviese en paz, porque iba á rogar á Dios y dentro de poco volvería á él.

Fuése pues á poner en oracion y dirigió á Dios la siguiente súplica : « Señor, Dios todopoderoso, ya veis que ignoro la lengua de los que aquí vienen de diferentes paises del mundo ; es inutil que me los envieis si por esta falta no les puedo ser de ninguna utilidad. Dignaos, pues, Dios mio, si quereis serviros de mí para su salvacion, concededme la gracia de entenderles y de que me entiendan, á fin de que yo les conduzca como deseais. »

Perseveró tres horas haciendo la misma súplica, y por

último se encontró entre las manos un papel que le fué dado por una mano invisible. Leyólo, y leyéndolo recibió el don de hablar todas las lenguas. Al instante dió por ello acciones de gracias al Señor : y habiendo vuelto hácia el romano, le habló en griego y en latin con tanta pureza que aquel estrangero confesó que no se podian hablar mejor estas dos lenguas.

Fué exacto en visitar sus monasterios mientras tuvo para ello fuerzas. Y si acaso sucedia que no hubiese tenido tiempo de ver á los hermanos tan frecuentemente como lo deseaba, suplía esto escribiendo á los superiores los consejos que juzgaba necesarios.

Siempre estaba dispuesto á ponerse en marcha y á obrar, cuando se trataba del consuelo de sus religiosos. Fueron á él algunos del monasterio de Chenobosco y le dijeron que habían dejado en él á uno de los suyos muy enfermos, y que deseaba mucho recibir su bendicion antes de morir. Hizose pronto un deber de darle esta satisfaccion ; pero apenas hubo hecho un poco de camino cuando vió el alma de aquel hermano subir al cielo por la parte de Oriente, acompañado de los ángeles que cantaban un cántico celestial. Esta maravillosa vista le obligó á detenerse ; y como los religiosos que con él estaban y que nada veian de aquellas maravillas le rogasen que se apresurase por miedo de que el enfermo expirase en su ausencia, les dijo que era inútil que fuese más allá, porque acababa de ver al alma de aquel hermano subir al cielo, habiendo aquellos religiosos ido enseguida á Chenobosco, é informándose del tiempo en que habia fallecido el enfermo encontraron que era precisamente en el momento que el Santo se lo habia dicho.

El conocimiento sobrenatural que Dios le daba algunas veces del estado de sus religiosos despues de su muerte, se extendía tambien á las faltas de los hermanos ausentes, aun las más ocultas. En una conferencia que hacia á sus